

— Pero, por esperar, no perderá usted nada. ¡La enteraré de todo al día siguiente del estreno!

— ¡Ah! ¡Eso me tiene sin cuidado! Cuando la obra haya triunfado, mi mujer me perdonará, y usted también. Ó resultará que mi consejo era razonable y entonces...

— ¡Váyase al diablo! — exclamó Treillard, riendo.

Los dos hombres se estrecharon la mano, reconciliados, y Parkin se marchó tranquilizado, en el fondo, por la firmeza con que el autor había resistido las exigencias del empresario.

XI

Después del segundo acto de *Malos caminos*, la noche del ensayo general, agitación extraordinaria conmovía al público que llenaba la sala de la Comedia Intima. La obra estaba en las nubes. Parkin, instalado, en el palquito del escenario, con Treillard, gritaba con voz de trueno « ¡Arriba el telón! », á fin de que los tramoyistas, pasmados y jubilosos, ante tan prolongado entusiasmo, se decidiesen á levantar, por cuarta vez, el telón. María Froment, saludando al público que la aclamaba, dirigía miradas de emoción á su camarada Melval, y le repetía por lo bajo:

— ¡Qué efecto, veterano! ¡Qué efecto! ¿Crees ya que tendremos un exitazo? ¡Aquí hay margen para doscientas representaciones!

Con la boca casi cerrada, saludando con expresión del que está abrumado por el gozo, Melval contestó:

— ¡No te precipites! Aguarda el final del tercero. Evidentemente esto se presenta bien.

El telón, cayendo al fin, libró á los artistas de su forzada actitud.

— ¡Parkin! — gritó la primera actriz, con voz vibrante. — ¿Creerás que este cobardón de Melval aun no está seguro de que vamos volando hacia al dichoso máximum? ¿Qué necesitará para creerlo?

La actriz avanzó hacia el palquito, y, cogiendo á Treillard por el cuello, lo cubrió de blanquete, exclamando:

— ¡Ah! ¡Tanto peor! ¡Es preciso que yo abrace á mi autor!

— Ve á cambiarte de traje — le dijo Parkin. — Tendrás un centenar de personas aguardando en tu cuarto. No nos retrasemos para el tercero. No dejemos enfriar al público.

— ¿Enfriar? ¡Si vamos á incendiarlo! ¡Ah! La gran escena del tercero... ¡Ya verás, buen hombre, ya verás!

Se alejó riendo. Ya los periodistas y los amigos de la empresa asaltaban la escena, en medio del movimiento de los maquinistas que cambiaban el decorado.

— Vámonos á mi despacho — exclamó Parkin. — Allí estaremos mejor que aquí, tragando polvo.

Precipitóse hacia un muchachote moreno, con fisonomía risueña y mirada maliciosa:

— ¿Que tal, Gabriel? ¿Está usted satisfecho?

— ¡Encantado! ¡Si los *Malos caminos* son tan atrayentes, me explico que los buenos se encuentren tan poco frecuentados!

— Dígame ¿confío en que cuidará á María en la crónica que escriba usted?

— María no necesita que la cuiden. ¡No está enferma! ¡Ah! ¡Hola, Treillard! ¡Vamos! ¡Esto va bien! ¡El público está entusiasmadísimo! ¡Esta es la obra de la temporada!

— ¡Gracias! — contestó el autor, estrechando la mano al brillante crítico. — ¿Y los compañeros?

— Los camaradas parecen fastidiadísimos. ¡No falta ninguno de los signos del triunfo! Bargeand acaba de pedir su abrigo y se ha marchado gritando: ¡Ya no puedo aguantar más!

— Y á ese otro ilustre compañero — murmuró Parkin — no le bastan sus éxitos teatrales. Mírenlo dando una conferencia acerca del teatro...

— Lo veo camino de enseñar á sus contemporáneos que el arte de hacer una buena obra no existe.

— ¿Y cómo hace las suyas?

— Toma papel, pluma y escribe. Y luego todo se arregla.

— ¡Con cien representaciones!

Los tres soltaron la carcajada. Una oleada de visitantes los separó. Treillard, asediado por los cronistas, tuvo que suministrarles datos para sus revistas teatrales. Parkin, conferenciando con el jefe de la *claque*, escuchaba con la más profunda atención los informes que éste le facilitaba:

— ¡No suelte los cincuenta mil francos de localidades que la Agencia pide á precio de Contaduría! usted tiene en perspectiva un gran éxito de taquilla. Veo al público caminar hacia el delirio. El tercer

acto redondeará el negocio. Las localidades se venderán con sobreprecio durante mucho tiempo. La Agencia va á ganarse cien mil francos á costa de usted. Hagamos nosotros el negocio.

— ¿Me lo garantiza? — preguntó fríamente Parkin. — Ayer por la noche estaba usted menos seguro del negocio...

— Oiga — dijo el gordinflón Emilio — me quedo, al contado, con el pedido que hace la Agencia y le doy á usted el veinte y cinco por ciento de las utilidades. ¿Acomoda?

— ¡Acomoda!

— ¡Enhorabuena! Ahora va usted á ver lo que es entusiasmo. Voy á revolucionar el teatro.

El eminente Fabreguier, seguido por dos Eliacinos del partido realista, avanzaba por el escenario con gravedad afectada, caminando con tantas precauciones como si hubiera sospechado que bajo los pies había cepos y calabozos. Hizo un gesto magnífico de satisfacción orgullosa al descubrir á Treillard entre los *reporters*, y atrayéndosele :

— ¡Bravo! ¡Bravo, querido amigo! *El Movimiento* presintió este triunfo, al solicitar la colaboración de usted. Confío en que pronto nos dará una novela. El magnífico artículo acerca de *Visiones ardientes* ha encantado á nuestro público... La revista del estreno, de la cual está encargado el vizconde de Adhémar, que tengo el gusto de presentarle...

Uno de los Eliacinos se inclinó gravemente.

— La revista del estreno aumentará el entusiasmo

de nuestros lectores... Cuento con la colaboración de usted ¿verdad?...

— ¿Cómo no?... Querido maestro — contestó Treillard, viéndose amenazado por la revista del estreno. — Desde mañana mismo, puede estar seguro...

— ¡Enhorabuena! Dígame ¿podré saludar á la señora Froment?... ¡Ha estado notabilísima!

— Estará vistiéndose... Sin embargo, la visita de usted le halagará tanto...

— ¡Vamos! Acompañeme — dijo Fabreguier, con los ojos alegres.

A espaldas del Director, los dos Eliacinos, al verse libres, respiraron ruidosamente.

— Oye ¿qué te parece? ¡El mico viejo! Bueno; vámonos al cuarto de la bella Claudina. A Roize le agradará que le llevemos noticias.

En los pasillos, la efervescencia era grande. Hasta aquel momento, Treillard, conocido por producciones notables, por novelas muy acabadas, por poesías muy lindas, no había dado aún sobre el gongo de la Fama ese golpe resonante que llega á los oídos de la muchedumbre. Era estimado por la *élite*. La masa del público lo desconocía. Bruscamente, en tres horas, entró en la gloria. La originalidad soberana de su obra, la admirable interpretación que alcanzó en la Comedia Intima, lo propicio de las circunstancias, á consecuencia de varias asquerosidades de la política, todo contribuyó á asegurar un triunfo fulminante. El « tercero », como profe-

tizó el gordinflón Emilio, rematado por la magnífica y violenta escena entre María Froment y Melval produjo sensación inmensa. Los artistas no podían hacer un gesto, ni pronunciar una palabra, sin arrancar tempestades de aclamaciones de la concurrencia enloquecida. Fué un arrebató de delirio que puso de pie á todo el público; las señoras se llevaban el pañuelo á los ojos; los hombres gritaban y golpeaban con los bastones el entarimado, en acceso de rarísima y unánime admiración. En el escenario, los artistas, trastornados por el efecto producido, permanecían inmóviles bajo el diluvio de aplausos. En el palquito, Parkin le dijo tranquilamente á Treillard:

— Hijito, tenemos el dinero en el bolsillo. Ya no hay quien nos quite el triunfo. Aun cuando el « cuarto » fuese detestable, y no lo es, el negocio está hecho. ¡ Qué gusto! ¡ Ah! ¿ Supongo que no olvidará que en este teatro ha obtenido el primer triunfo grande?... ¿ Cuento con que me traerá usted la próxima comedia que escriba?

Treillard, rendido, aniquilado, como si le hubiesen roto todos los nervios, contestó con voz opaca:

— ¡ Ah! Le ruego, Parkin, que no me hable de eso en este momento. Me encuentro fatigado de tal modo, que creo que no volveré á escribir en mi vida.

— Bien. Eso está arreglado con una noche de descanso. Pero ¿ queda usted comprometido conmigo, eh?

— Sí.

— ¡ Pues no pido más! ¡ Ah! Desde ahora, ándese con cuidado. Va á tener que defenderse. Este exitazo molestará á muchísimas personas. Pero aquí estoy yo; ya sabe que puede contar conmigo.

No pudieron continuar hablando. Por la puerta del escenario, una oleada de visitantes, lo inundó todo. Treillard, arrinconado junto á la guardarropía, se vió oprimido, abrazado, acariciado y felicitado por personas á las cuales conocía muy poco, pero que aparentaban conocerlo mucho. Fué algo así como un desfile, en la sacristía, al final de un casamiento. ¿ No eran, efectivamente, las bodas del autor triunfante con el público que lo proclamaba vencedor?... ¡ Hora rara, que no se disfruta dos veces, con esa calurosidad espontánea y viva, sin las restricciones de la envidia, y sin las agruras del egoísmo! Algo aturdido y abrumado, Treillard se dejaba estrechar las manos, pronunciaba palabras confusas, y daba las gracias sin saber á quien. Sin embargo, salió del atontamiento y se despejó viendo acercarse, del brazo de Fabreguier, á la Marquesa de Sortais. El prestigio de la ilustre dama, le abrió paso hasta el autor. El círculo de admiradores se ensanchó, y, en medio, sonriente, muy dueña de sí misma, ataviada enloquecedoramente, joven, seductora, la aristócrata pudo hablar despacio con su antiguo amigo.

— Es preciso que venga á buscarle hasta aquí, para darle la enhorabuena — le dijo con voz cariñosísima. — No hace mucho tiempo, hubiera podido esperar tenerle en mi palco durante una gran parte

de esta hermosa representación... Pero, poco importa el sitio en que nos veamos, toda vez que usted triunfa y yo aplaudo su triunfo.

Le tomó la mano y la retuvo entre las suyas. Fijó los ojos en los de Treillard y, ante todo el mundo, con olvido desdeñoso de todos menos del autor, le dijo en voz baja:

— ¿Es que ya se olvidó cuanto los dos quisimos? ¿Es que nada vibra en usted al escuchar el sonido de mi voz?... ¿Es que la gloria, bien ganada en plena juventud, va á mostrarse inexorable, ahora que es la más fuerte? Por la omnipotencia del triunfo, es hoy dispensador de favores. Esta representación deslumbradora é inolvidable para usted... no marcará el instante de nuestra reconciliación?...

Se inclinó y se acercó más; le oprimió más estrechamente la mano, y añadió:

— ¡Sea usted generoso! ¡Perdóneme el no haberlo conocido!...

Treillard, ante esta súplica tan lisonjera, experimentó una de las satisfacciones más vivas de su existencia. Su triunfo se materializó en la humillación de la altiva gran señora. Juzgóse realmente poderoso, cuando así se le rendían los orgullos y se le doblegaban las voluntades. Iba á contestar. La Marquesa lo contuvo con un gesto:

— ¡No! No me conteste ahora. Quiero que reflexione acerca del ruego que le he dirigido. Mañana vaya usted á verme á las cuatro de la tarde. Estaré esperándole.

En aquel momento, María Froment llegó al escenario vistiendo el traje negro constelado de azabaches, para el cuarto acto. Con gracia exquisita, la dama empujó á Treillard hacia la artista, diciéndole:

— Deseo felicitar á la admirable intérprete de su obra. Presénteme á la señora Froment.

Y entre derroches de apretones de manos y de sonrisas deliciosas, la actriz y la escritora, con circunspección extraordinaria y con falsía soberana, se prodigaron enhorabuenas acerca de sus talentos y de sus bellezas. Treillard, estupefacto, oyó á María Froment declarar que las estrofas de *Visiones ardientes* le habían llegado al alma y que se proponía recitar algunas en las « *Matinées* de los Poetas », cuando el literato sabía perfectamente que el volumen, llevado por él, estaba en la mesa del gabinete de la artista, sin abrir las hojas, confundido entre otros muchos.

— ¡Enhorabuena! — contestó la Marquesa. — Pero hace falta que me otorgue el favor de asistir á una de mis reuniones vespertinas, para ofrecer ese regalo á mis amigos y á nuestro querido autor.

— Con mucho gusto, señora...

— Vaya, querido — exclamó Parkin, con cordial desahogo. — ¡Abreviemos los cumplimientos! Se hace tarde, el público se impacienta, y los periodistas tienen que marcharse... Señora, le ruego que nos dispense... Vamos á empezar.

Y, así diciendo, empujó á la Marquesa, á Fabre-

guier y á todos los espectadores que llenaban el escenario, hacia la puerta de salida. La dama lanzó una mirada expresiva á Treillard, y le tendió la mano llevándosela á los labios. Luego, Parkin y el autor, se instalaron en el palquito. Sonaron los tres golpes, y el cuarto acto principió. Como justamente había previsto Parkin, la importancia del desenlace no podía ya mermar el triunfo definitivo de la obra. El público había llegado á ese extremo de entusiasmo en que todo parece admirable. El final de la representación se trocó en apoteosis. Los acomodadores y las encargadas del guardarropa, entre el delirio de los aplausos, apenas si podían distribuir los abrigos. Por vez primera los asistentes á un ensayo general pidieron con insistencia tan grande el nombre del autor, que Valmoreau tuvo que resignarse y mandar que levantaran el telón para proclamar el nombre de Treillard. El veterano director de escena estaba con gabán y sin guantes; le contrariaba presentarse así, pero Parkin lo hizo salir, dándole un empujón. Poco faltó para que Florisa Barel que llegaba de improviso al escenario, no se exhibiese al público junto al desconcertado Valmoreau.

— ¡ Bueno! Parkin, me marchó — gritó Treillard, desde un extremo á otro de la escena.

— Buenas noches, querido amigo. Hasta mañana. Que duerma usted bien...

— No — contestó el autor, flemáticamente. — Voy á pasarme la noche refundiendo en uno los dos primeros actos...

— ¿ Qué está usted diciendo? — exclamó Maria Froment, interrumpiendo la conversación con su marido y precipitándose sobre Treillard.

— Es un arreglito que me ha pedido Parkin, con objeto de aligerar la obra... Desearía comenzar la función con un juguete cómico, y le sobra un acto.

— Si es broma — murmuró la actriz con displicencia, — á esta hora y en este sitio, no le veo la gracia.

— Mire usted á Parkin — contestó Treillard. En aquel trance, el director-empresario de la Comedia Intima estuvo á la altura de la reputación de desahogado, que conquistara en cien ocasiones distintas y que le había proporcionado celebridad. Soltó la carcajada.

— ¿ Yo? ¡ Pues si le he pedido á Treillard que escriba un quinto acto, á guisa de epílogo! ¡ Se necesita tupé para hablar de cortes! ¡ Precisamente yo siempre he encontrado la obra demasiado breve!... Vamos, ven á cambiarte de traje.

Y, tomando á su mujer del brazo, se largó del escenario. Treillard se alejó por el pasillo, con Florisa. Junto á la puerta de salida, se encontraron con Babín y con Malatiré que estaban esperándolos. Los dos leales, que habían asistido á la representación, desde el proscenio de su amiga, estrecharon calurosamente la mano al autor. Malatiré prescindió de su habitual hostilidad hacia las cosas de teatro, hasta el punto de decir:

— Realmente he pasado muy bien el rato.

— Enhorabuena. Pero, ahora, vamos á comer — observó Florisa. — Estoy muerta de hambre y necesito que se me obsequie.

Entraron en una cervecería, donde su presencia produjo sensación. La noticia del gran éxito de *Malos caminos*, propagada con rapidez eléctrica, había llegado ya á los bulevares. Luego, la curiosidad se cansó, y, al fin, instalados en mesita aparte, pudieron comer y charlar tranquilamente.

— ¡ Se ha ganado una magnífica batalla! — dijo Malatiré. — Y, desde ahora, hay que prepararse para cosechar los beneficios. Si sabe manejarse tiene, en perspectiva, la Academia... Pero conviene no hacer tonterías. Y la mayor de todas, sería la de producir demasiado. Aguarde año y medio ó mejor aun, dos años, si puede, antes de estrenar otra comedia... Y, mientras, conságrese de veras á una obra que sea nueva consagración. Tiene usted la suerte envidiable de producir libros al par que comedias... Publique una novela... Se le discutirá mucho menos que si estrena en seguida. Y, además, dejará que se amortigüe el ímpetu de los odios que este éxito ha de acarrearle.

— ¡ Odios! — murmuró papá Babín. — ¿ Por qué? ¿ Por haber logrado un gran triunfo?

— Sí, viejecito inocente — contestó Florisa. — Unicamente por haber logrado un gran triunfo. En este momento, nuestro amigo destroza el corazón de mil individuos, á los cuales no conoce de nombre ni de vista, pero que se sienten heridos por el éxito,

como si se lo hubiesen robado á ellos. No tienen ingenio, ni bríos, ni inspiración, ni paciencia, ni ninguna de las condiciones que se requieren para intentar sólo lo que Treillard acaba de conseguir. Pero; no importa! Se complacen en considerar al autor triunfante como á un malhechor al cual, por deber y por espíritu de acometividad, están obligados á perseguir siempre, para aplastarlo y anularlo.

— Querido amigo — añadió Malatiré. — Un autor como Treillard que va á tener toda la temporada su obra en el cartel de un teatro, donde, cuando menos hay veinte comedias aguardando turno, tiene, primeramente, por enemigos, á los veinte autores de esas veinte comedias, luego á todos los amigos y camaradas de esos veinte autores, amén de las familias y de los proveedores. Es una liga, ¿ me entiende? en la cual ingresan con gusto todos los fracasados, todos los holgazanes y todos los curiosos que se agrupan, en cuanto alguno se detiene, gesticula ó grita. Y, desde ahora en adelante, no publicará una obra, sin que la atención pública, avizorando, no esté propicia para recibir, con interés, todos los ataques que contra la obra y el autor se formulen.

— Pero, apresurémonos á decir — observó Florisa — que esa es la consagración evidente y hasta, en cierto modo, necesaria del triunfo. Esa baba es lo que mejor consolida los cimientos de una reputación. El puñado de lodo, lanzado sobre la frente de un gran artista, se trueca en corona de estrellas.

— Les ruego, amigos míos — exclamó Treillard, riendo — que no me anuncien destinos tan lamentables y tan magníficos. Ustedes exageran mi triunfo y las consecuencias que puede tener.

— ¡No! O usted no lo comprende ó su modestia muy plausible le hacer creer que hay exageración en nuestras palabras. Ya lo verá mañana. Al par que los primeros elogios, que serán unánimes y serios, llegarán las peticiones de los empresarios. Van á estar colgados de la campanilla de su casa. Usted se ha convertido, para ellos, en « el señor que da siete mil francos de entrada. » En materia de arte sólo saben esto, pero lo saben bien. Estarán dispuestos á estrenar cuantas obras les prometa. Póngalos en la puerta de la calle, cual ellos le hubieran puesto, si hubiese ido á buscarlos. Su adulación le dará la medida del poder que usted ha alcanzado.

Malatiré no pudo continuar. Parisot se presentó, jadeante, y, arrojándose sobre Treillard :

— ¡Ah! Mi querido amigo ¡qué disgusto para mí, no haber podido asistir al ensayo general!... Pero usted me dispensará ¿eh?... Estaba hoy invitado á un banquete, con tres semanas de anticipación... Acaban de anunciarme el resultado, y de decirme que había usted venido á comer á casa de Willer...

— ¿Quién le ha dicho á usted eso? — preguntó curiosamente Malatiré.

— Un parroquiano de esta cervecería, al cual Treillard no conoce... Un autor de mi casa... que ha estado en el teatro... y que me ha hablado mucho y

bien de la comedia... ¿Cuento con ella, no es eso?...

— Claro que sí, — contestó Treillard.

— ¡Ah! Es que ya comprenderá que, ahora, con usted, hay que adoptar precauciones. — Florisa y Treillard cambiaron una sonrisa; hasta tal punto las palabras de Parisot confirmaban exactamente lo que Malatiré acababa de expresar, como fruto de aspérrima experiencia de la vida literaria.

— Y, además, amigo mío, le ruego que no se prodigue. No se lance sino sobre seguro. Ahora se analizará cuanto escriba. Pero aquí estoy yo para defenderlo...

— Vea, querido, — insinuó Malatiré — como su editor le confirma todo lo que hemos dicho á usted.

— Y su editor es su amigo — declaró Parisot, fogosamente. — ¡Bien lo sabe! ¡Ah! Tengo grandes proyectos de propaganda. Mañana mandaré componer un cartel, doble tamaño mayor, con el retrato de usted, y los títulos de sus obras. Fijaremos ese cartel, primeramente en todo París, y, luego, en todas las grandes localidades y capitales de provincias. ¡Una publicidad monstruo! ¿Qué me dice?

— No digo nada. Lo dejo á usted hacer. Únicamente el retrato se me antoja inútil.

— ¡Inútil! Pero, amigo mío, si esta semana ha de figurar en todas las Revistas... ¿Tiene usted algún retrato bueno?...

— Sí; Boyer me fotografió hace dos años.

— Todos los fotógrafos lo van á asediar. Ya comprende, querrán hacer postales y retratos para la